

EL DIVORCIO

En Italia —es del dominio público— se aprobó no hace mucho la llamada Ley del Divorcio, que permite que los cónyuges se separen y los matrimonios se deshagan. Me imagino que cuando se ha luchado tanto tiempo y con tanto empeño por conseguir la promulgación de una disposición tal, será porque era necesaria, es decir, porque los matrimonios en Italia estaban unidos y, por consecuencia, los cónyuges permanecían todo el día juntos, situación que, por supuesto, no sólo justificaría el divorcio, sino el asesinato. Entre nosotros resulta absurda e incomprensible una pretensión separatoria de este tipo:

—Me voy a separar de mi mujer...

—¿Más todavía?

Porque habida cuenta de que cualquiera que se estime permanece en su casa en estado de vigilia algo menos de media hora cada veinticuatro, el día que va a comer o a cenar —a no ser que esté enfermo— es prácticamente imposible que surja una situación de incompatibilidad o de fricción con una esposa a la que no se ve apenas. No hay nada, pues, como el pluriempleo para lograr matrimonios duraderos, compenetrados y felices.

De ahí que en España, el divorcio, por suerte, no tenga objeto. No puede funcionar mal algo que no se usa. En una palabra, no hay matrimonio que pueda necesitar separarse, porque en realidad, uno con su legítima esposa no ha contraído nunca matrimonio. Con quien de verdad se ha casado es con las personas con las que comparte su trabajo, sus distintos empleos, sus interminables jornadas laborales. Uno, con los que en realidad contrae

matrimonio es con su jefe, con su secretaria, con el compañero de la mesa contigua o con el ordenanza. Con ellos comparte la vida, el pan, la sal, el mismo techo, el mismo suelo y las mismas paredes. Con ellos dialoga, sufre, goza, teme, se afana, discute, ríe, llora e intercambia confidencias. A ellos es a los que quiere, a los que odia, a los que admira, a los que envidia y a los que desprecia. Y todo esto sí que puede exigir un divorcio en toda regla.

De aquí la necesidad de escoger cuidadosamente un buen jefe o una buena secretaria, que van a vivir con nosotros ocho o diez horas diarias a lo largo de toda una vida y la estupidez de perder meses o años en la búsqueda —para llevarla al altar— de una mujer que reúna una interminable serie de difícilísimas virtudes y condiciones que, con toda probabilidad, nunca vamos a tener ocasión, no ya de valorar, sino ni siquiera de advertir.

«Yo decidí casarme —me contaba una amiga de la infancia— con el primer hombre que me encontré en la calle. Hoy ya hemos cumplido nuestras bodas de plata y somos muy felices. No sé, por supuesto, casi ni cómo se llama, ni de dónde es, ni qué piensa de esto o de lo otro. Pero como prácticamente no le veo jamás, porque él tiene su trabajo y yo el mío, da lo mismo. En cambio estuve saliendo tres años con mi jefe para conocernos bien... y creímos entendernos. Parecía que existía entre nosotros una identidad de gustos, aficiones, educación, cultura, manera de ser... Pero me engañó por completo. Ultimamente hemos tenido una serie de disgustos laborales y nos vamos a separar por la Magistratura».

LEO DE LIPPI

MECANICA PARA INICIADOS

NO habíamos remontado aquella endiablada cuesta, cuando nuestro automóvil avisó tres veces que se paraba. Resoplaba por el tubo de escape y daba pequeños tirones, acusando evidente fatiga, hasta que enmudeció totalmente y el motor quedó parado.

—Debe ser el compresor —denunció mi amigo, el dueño del coche.

—Debe ser... —subrayé por no contrariarle.

—Si es el compresor, no hay motivo de preocupación. Se trata de una avería sin importancia.

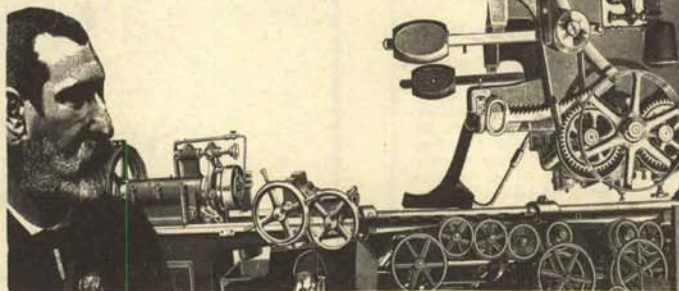
—En efecto —añadí—: es cosa de poco.

Mi amigo se apeó con gesto decidido, abrió el capot y trajo en las manos una abultada caja de herramientas. Mi confianza en sus conocimientos mecánicos se acrecentó: «¡Estamos salvados!», pensé. Pues, dígame lo que se diga, no es fácil hoy día viajar con un amigo capacitado para resolver cualquier pega del compresor.

—Si hay suerte —dijo mientras abría la caja de herramientas sobre el capot del motor—, si hay suerte, esto queda como nuevo en quince minutos. Lo malo es que el compresor esté inundado...

—¿Inundado? —pregunté, escéptico—. ¿Inundado, de qué?

—Inundado por la mezcla. Si el poder de admisión del compresor se fuerza, como es el caso en esta cuesta arriba, y la expulsión de gases no se



EL COMPRESOR

favorece, los manguitos internos reciben una potencia excesiva y pueden estallar sin dejar expansión, lo que es igual a su conversión en la mezcla de combustión por caballos SAE.

—Entiendo —dije—, puede ser cosa de manguitos.

—O simplemente de una fuga inadvertida, que se ha podido producir por desgaste de la abrazadera. Lo importante es localizar la fisura, caso de que exista. En este caso, la operación es muy sencilla: basta con un trozo de esparadrapo.

—¿Y qué tiene que ver el compresor, a todo esto?

—Elemental: el compresor, a través de su circuito repartidor de fuerza, nos dará la pista de dónde está la

avería. Lo peor es que no tengo esparadrapo...

Mi amigo se puso manos a la obra. Extrajo de la reluciente caja de herramientas un pequeño mantel, lo extendió sobre el capot, colocó sobre él una botella de manzanilla y tres catarinos, que fue llenando con rito de escanciador. Puso finalmente sobre el mantelito unas almendras, patatas fritas y otros aperitivos. No había ninguna otra cosa en la caja de herramientas. Me invitó a tomar una copa y dijo:

—Si hay suerte, en quince minutos pasa algún camionero, le invitamos a una copa y nos arregla el compresor. Es cosa de poco...



SEQUESTRO AEREO

«¡Manos arriba!», exclamó con voz temblorosa el hombrecillo de voz atiplada y gafas aconchadas. Nadie se inmutó. La azafata le sonrió amablemente al pasar. El avión había iniciado el vuelo horas antes y se dirigía de Nueva York a San Francisco. «¿Pero no comprenden —insistió el hombrecillo, casi con un sollozo— que se trata de un secuestro aéreo?». El pasajero de su vera, que leía atentamente un periódico, refunfuñó: «Ya estamos... lo de siempre». Los demás le miraron con asombro. Algunos con temor. Erguido, encima de un asiento, y sosteniendo en sus manos un revólver, queriendo apuntar a todos no apuntaba a nadie. Casi todos se ocultaron tras los respaldos de sus asientos delanteros y el secuestrador chilló: «¡Quiero verlos a todos!» Nadie se inmutó. «¡Repito que quiero verlos a todos! ¡Cuñto hasta tres! Uno..., dos... y tres...!». Nadie se asomó. Una azafata surgió tras las cortinas que separan habitualmente la clase primera de la llamada turista y le tocó tímidamente su hombro. El hombre dio un respingo y se volvió rápidamente, apuntándola con el revólver. La azafata no se inmutó: «Dice el comandante en qué puede servirle». Tras los asientos se asomaron los ojos y narices de los pasajeros. «Quiero un millón de dólares y un paracaídas», exclamó con un rugido el hombrecillo. «De acuerdo —respondió la azafata—, espere un momento». Desapareció tras la cortinilla, pero antes el hombrecillo añadió envalentonado: «Dígame que estoy dispuesto a todo. Nadie llorará mi muerte, estoy solo en el mundo y tengo cáncer. Los médicos sólo me dan tres años de vida... ¡y quiero vivirlos a cuerpo de rey!». Giró su rostro para que todos los pasajeros le oyeran con claridad y esperó. Unos minutos más tarde, tras las cortinillas apareció el comandante de la aeronave. «¿Es usted el secuestrador?», preguntó obviamente al hombrecillo que empuñaba el revólver. Este, impresionado por la altura y envergadura del inquiriente, afirmó con la cabeza. «Tome. Un millón de dólares. Cuéntelos si quiere. Y aquí está el paracaídas». El hombrecillo miró los dólares y cogió uno. Lo examinó atentamente y exclamó: «Perfecto... ¡Y ahora me ayudará a ponerme el paracaídas». «No faltaba más», replicó el comandante. Solicito, asistido por la azafata, ayudó al secuestrador a enfundarse el paracaídas. Luego le acompañaron hasta la portezuela de salida, situada en cola, seguidos por todos los pasajeros. Cuando el comandante abrió la portezuela, el secuestrador, con el rostro risueño, exclamó: «Gracias, muchas gracias...» Y desapareció.

El comandante soltó un suspiro de satisfacción y comentó: «No se preocupen. Vuelvan a sus asientos. No irá muy lejos. El paracaídas que le he dado no funciona y además los dólares eran falsos. La compañía tiene previstos estos casos...». Cuando aterrizaron, le fue facilitada la identificación del secuestrador, destrozado entre las rocas del Cañón del Colorado: «Cuarenta años. Casado. Con cuatro hijos y esperando otro. Sin empleo y en perfecta salud.» «Típico caso desperado de un pobre padre de familia», se titulaba la crónica, insertada en la página de sucesos de los diarios...

NEMORINO

DIN

